

El mentidero de la Villa de Madrid

Nº 690 – Martes 1 de Noviembre de 2022

El recuerdo de los nombres

Emilio Álvarez Frías

A veces es mejor no citar nombres, ninguno. Porque ¿alguien es tan iluso que piensa que, dentro de 80 años, se va a citar a alguno cualquiera de quienes más o menos danzan por la política en los tiempos actuales? No me cabe en la cabeza que ello se vaya a producir. ¡Si, incluso, en estos momentos no recordamos y dudamos del nombre de una buena mayoría de los que están en el candelero! Y ello porque, básicamente, son irrelevantes para incluirlos en nuestra agenda mental. Puede que, pasado ese tiempo, e incluso más, se cite el de algún inventor o descubridor de cosa tangible o intangible que sí se lo ha ganado; o quizá salga a relucir el nombre de algún deportista que por sus dotes especiales ha quedado colgado en algún obituario; o el de quien haya subido a la luna si es primerizo pues los que lo hagan después pasarán al montón; o de algún cantante de ópera –pongamos de ejemplo a quienes la naturaleza les permita controlar los sonidos de forma magistral– cualquiera sea su sexo; pero, de políticos actuales, pienso que difícilmente. Acaso se escape el nombre de Putin por montar un importante sarao de guerra con lo que se ganará el odio de buena parte del mundo; y quizá alguno más por similares motivos. Es decir, no por haber hecho el bien a la humanidad sino justamente por hacer el mal. Salvo casos destacados como el de la madre Teresa es difícil asegurar muchos más. Y estando convencido de este olvido que van teniendo unas generaciones respecto a las que lo preceden, ahora, en estos tiempos retorcidos, en España, entre nosotros, nos vienen a la memoria un día sí y el otro también, dos nombres: el de Francisco Franco y el de José Antonio Primo de Rivera. ¿Motivo? Dos opuestos. Por un lado el de quienes se van dando cuenta, aunque no lo digan, de que los 40 años precedentes a los actuales no fueron tan malos salvando los efectos de la guerra; y por otro los que odian que en España fuera vencido el socialcomunismo y, bañados de sus ideales, enclenques en estos tiempos, intenten ponerlos de nuevo en el mercado para que dominen a las generaciones actuales. Fían en ello porque es más fácil convencer con lo sencillo en lo que no tiene cabida la imaginación, la inteligencia, sino la acción cómoda y satisfactoria, pues hacer uso de la inteligencia para valorar lo que se hace, por qué se hace y para qué se hace tiene sus límites.

En esa confusión, como otros muchos, se encuentra la señora Lidia Falcón, quien más o menos desde el útero materno se fue agarrando a lo que la vida la iba facilitando para vivir, mezclándose con todo lo distinto mientras crecía y estudiaba hasta llegar a encajar profundamente en el marxismo, de donde no se ha apeado, creando y dejando atrás una y varias asociaciones de mujeres (tema que la tiene esclavizada). Esto, junto con los años que la van cayendo, la ha inclinado a odiar casi todo lo que no salga de ella, haciéndola una mujer mezquina, despreciable, a veces perversa, sórdida, vil en no pocas oportunidades, lo que la impide aclarar las ideas dado que únicamente valora lo que ella evoluciona, por lo que cambia la historia, confunde los personajes, no tiene claro qué hizo este o aquél, y cuando habla se confunde aplicando parches equivocados a unos y otros. Por eso, en el artículo que ha colgado en su página «La casa de mi tía», titulado aviesamente «El máximo respeto a José Antonio Primo de Rivera» lo confunde todo en cuanto a las andanzas de dicho personaje, cómo y por qué se originó la Guerra Civil española,

olvidando quienes quemaron las iglesias, los monasterios, los museos, etc., qué es ser fascista (cosa que no terminan de aprender los afiliados a la izquierda), no recuerda a Largo Caballero que tuvo una participación importante en que los españoles se liaran a la gresca, lo que indica que el aprendizaje durante su licenciatura en Derecho, Arte Dramático y Periodismo y doctorado en Filosofía –según reza su currículum–, la han creado un *totum revolutum* en el magín que la tienen confundida.

No obstante, como se aprecia en ella un odio a determinadas tendencias de la vida de los seres humanos, tomamos el camino del templo en el que se encuentran recluirnos los amigos del mentidero de la fe para, mediante la oración, pedir al Dios Todopoderoso para que libere a Lidia Falcón de sus malas mañas y la vaya preparando en el camino para que, cuando se encuentre ante Pedro, éste no la ponga pegas para entrar en la otra vida. Porque, si se empeña en seguir tan terca como ahora, la espera un largo tiempo en las calderas de Pedro Botero.
